

LUIS MUÑOZ

EVOCACION DE MILTON ROSSEL

LA UNIVERSIDAD de Concepción, no como entidad abstracta sino como cuerpo vivo y espíritu que siente y piensa, quiere aquí dejar su testimonio de reconocimiento a un hombre que la ha integrado por largos años y cuyo vacío todavía nos estremece; vacío que quisiéramos llenar con su recuerdo, con lo que aún perdura y seguirá estando en nosotros. No soy sino un modesto intermediario y un testigo personal en este homenaje que le estamos rindiendo a la memoria de don Milton Rossel, director de la revista *Atenea* por más de catorce años y jefe del departamento de Difusión Universitaria.

Quiero así evocar su presencia aquí en este instante, quiero llamar a su espíritu en cuanto vive en nosotros, por las relaciones que fueron creándose en la participación que nos fue siendo dada libremente desde la confianza en el quehacer común, en la fidelidad del reconocimiento y encuentro de los unos y otros en su persona y en la nuestra. Evocarlo así es querer ser fiel aun en las limitaciones que nos imponen las diferencias y las posibilidades de estar el uno en los otros, en la medida, también limitada, de nuestros encuentros y aproximaciones.

No es que los lazos estén rotos, la búsqueda de su sentido y la determinación de ese sentido que fue su persona crearon estos lazos que la sostienen aún y por los cuales estamos aquí lamentando su pérdida, la pérdida real de su presencia, la figura ausente. Pero el lazo de la relación humana que desde sí engendró en nosotros, la sostiene y fundamenta ahora en nuestro deseo de revivirla para fijarla plenamente. Materialmente sentimos la angustia de lo imposible, pero el corazón tiene sus razones y "no todo se lo ha tragado

la tierra". Ya nos decía el bueno de Machado en el umbral de la esperanza:

*No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.*

Dejemos, pues al corazón que mire y escuche. Su figura corporal está ausente, pero su existencia se ha entregado a la pervivencia del espíritu. Y no nos queda más que el recuerdo puro, avivado por el dolor de su partida. El dolor nos revive en el espacio más recóndito y más auténtico. Desde esta raíz profunda sacaremos la palabra que quisiéramos palabra verdadera.

Comencemos nuestro peregrinaje, comencemos ya temprano la búsqueda por el recuerdo.

Lo supimos, la noticia nos vino por la radio, por el diario. Fue el oído, fue la vista herida al golpe seco, y el silencio de su voz varonil; fue el apagamiento de la luz en sus ojos, y nuestro espanto. ¡Quién había de creerlo! sumidos como estamos en el tráfigo mundano de los días que se repiten, la rutina de oír sin escuchar y de ver no viendo. Y, sin embargo, es así la dura ley, la "ley severa", a la que quisiéramos escapar, y por no pensada está ahí más dura, terrible. Y hay que tenerla presente, acostumbrarse a ella ineludiblemente. Es nuestra contradicción, vida-muerte, apenas ya nacemos. No lo verán ya nuestros ojos y de golpe está, sin embargo, aquí su figura toda en esta presencia que es ausencia al mismo tiempo.

No nos queda, pues otra cosa que seguir esta huella de silencio, "rastro imposible". ¿Dónde está su voz tonante, el airado ímpetu, la charla incansable, sus recuerdos, los días, su casa en Santiago, en Viña del Mar, sus autores preferidos, afirmación del ayer en la lectura de Latorre, Barrios y más atrás Blest Gana? ¿Dónde está su memoria y recuerdo que quiso conservar también en postrer homenaje a Marta Brunet, y Edwards Bello en lo último? Allí está el número fatídico inconcluso, inconclusas sus palabras como si fuera su propio enfrentamiento con su muerte, sentida en el otro, proyección de su coraje en sí mismo. Allí *Atenea*, dirección suya tan

querida. Allí, al borde de la prensa, de su toque final, páginas inconclusas, cortadura fatal, límite y sentido.

Pero, ¿qué podemos pedir? "Cada uno con su cadaunismo", nos decía don Miguel. En su hacer, en lo que hacía desde sí entrañablemente, allí fue y allí quedó. Catorce años en la dirección de *Atenea*, primero desde Santiago, en ese mundo que pareciera ser Chile todo; después, hace seis años, aquí en Concepción, capital y provincia, provincia ella misma. *Atenea* estuvo aquí en esta vida universitaria, proyección nacional e internacional. ¿Podrá alguien olvidar esos números especiales que son verdaderos hitos de la única revista de mayor y sostenida permanencia en el país? ¿Podrá alguien olvidar esos números dedicados a Góngora, a Unamuno, a Bello, Rubén Darío, últimamente a Edwards Bello, que ya dijimos?

Quienes tuvimos acogida en esas páginas no podremos olvidar su amplitud de criterio, porque el quehacer científico, intelectual y creador no tenía para él fronteras ideológicas, aun cuando no concordara con sus colaboradores. Quizá esto mismo pudo significarle roces y conflictos que supo olvidar. Y si, como lo sabemos, mantuvo posiciones personales, es que allí estaba su temple y carácter batallador, impulsivo, incluso hasta la violencia. Y esta ciudad que presintió oscuramente como la de su muerte, le embargaba el ánimo, vivía así nostálgicamente sus libros, su casa, lo que deseó terminar: un estudio total de la obra de Mariano Latorre; leer, estar al día en la producción actual del país, de Hispanoamérica; y, más allá, quería compenetrarse de las nuevas tendencias, de la novelística europea, "le nouveau roman", en Francia, especialmente.

Pero también tenía otra tarea que era como un desvío de su propia personalidad, la difusión universitaria. Pensamos que si aceptó el cargo de jefe del Departamento de Difusión, lo hizo por una determinación de su espíritu orientado hacia la crítica, la crítica como él la entendía. Pensaba él que "en la medida en que el hombre ha cultivado su intelecto, la actitud crítica se proyecta en una mayor civilización y cultura en los pueblos, dándole al ser humano esa condición superior de situarse en el mundo en que vive y determina su destino individual y su responsabilidad con el medio social de que forma parte"¹. Recordemos tan sólo la extensión que llevó a lugares

¹Rossel, Milton: "Notas sobre crítica literaria". En *Estudios Filológicos*, Valdivia, 1965.

como Linares, Cauquenes, Angol, Mulchén, etc.; lugares que quieren y apetecen un contacto mayor con este centro cultural para su propio desarrollo e integración.

Hablamos de su espíritu crítico como un aspecto determinativo de su persona. Le sabíamos consciente de que su tarea en el ámbito de las letras nacionales era precisamente la tarea de crítico literario. Hoy, tal vez, no concordemos con los fundamentos de su crítica. Postulaba, en este orden, que el crítico debía valorar los elementos integrantes de la obra por el contenido humano que implica y por la emoción estética que pueda fluir, si están dados en términos del arte. Este tipo de valoración le llevaba necesariamente, como lo revelan sus escritos, a establecer los correlatos entre la vida del autor y su obra. Método fundamentalmente de la época, método biográfico-genético que mira a la obra como expresión. He aquí por qué consideraba que la sicología era un auxiliar valioso, especialmente su rama "la caracteriología", para la comprensión del hecho literario. Su posición estaba fundada justamente en el método histórico-biográfico, al considerar que "toda creación artística es parte del alma del creador y que el conocimiento de esta ayuda a descifrar la clave que oculta toda expresión de arte". Esto mismo le hacía desdeñar el incremento erudito de sus trabajos. De aquí también arrancan sus discrepancias con las nuevas tendencias que procuran un mayor rigor científico en esta labor.

Aquel que conozca los trabajos que dejó don Milton Rossel, recordará, a modo de ejemplo, el mejor de sus estudios, el que dedicó a Eduardo Barrios, y que, justamente, desde el título mismo, señala esta línea de su hacer crítico, "Eduardo Barrios, el hombre y su obra". Señala allí, a modo de tesis, que en la novelística de este autor subrayará el aspecto que para él es "expresión de su propia condición anímica". Así, el fundamento de este estudio está dado por los datos biográficos proporcionados por el mismo Barrios, de una parte, y de otra, por "las teorías sustentadas por el sabio alemán Ernst Kretschmer en su libro *Constitución y carácter*". Reafirmando su posición, agrega en el mencionado estudio

"Nos parece pertinente aproximarnos de esta manera a la naturaleza de Barrios, porque las modalidades intrínsecas del hacer literario están condicionadas a la idiosincrasia del creador, a aquella connatural intransferible y, en cierta medida, inmutable que se oculta en lo más recóndito del hombre".

He aquí también la fundamentación de su defensa y exaltación del criollismo chileno, en cuanto expresión de una idiosincrasia del creador, de su ambiente y de su época. No está demás, agregar también, para completar esta visión que logra de estos autores ya mencionados, su contacto vivo y directo con ellos, su trato y relaciones de amistad, que vienen a agregar un aporte de afectividad, de simpatía y entusiasmo a su labor.

No olvidemos que Milton Rossel integró una promoción de hombres cuyos maestros fueron el uruguayo Rodó y el argentino Ingenieros; hombres que postulaban, desde el positivismo anterior, una humanización profunda para las generaciones jóvenes hispanoamericanas.

¿Nos podrá extrañar, entonces, la acogida generosa que brindara a los jóvenes, críticos y escritores; el aliento oportuno para impulsarlos en la propia labor y desarrollo?

No voy a pretender que esta imagen de D. Milton que surge de mis palabras, sea la de todos los que aquí nos reunimos en su memoria. Es mi imagen, e incluso, un aspecto de la imagen que pueda tener en mí, en cuanto lo logré conocer. Pero, sí, creo que el ir leyendo estas palabras también en la mente y en el corazón de cada uno de ustedes está surgiendo su figura toda, y por el recuerdo, que va surgiendo, lo iremos recuperando, haciendo que su presencia no se diluya en el olvido; que los lazos que se crearon, no por el interés inmediato o egoísta, sino por la entrega más desinteresada, no permitirán el olvido ni su pérdida total.

Dejemos, pues, al corazón que mire y escuche a orillas de su silencio, que "no todo se lo ha tragado la tierra".